



fracaso y otro, Torres construye la historia de una familia, la Barbusse, que a pesar de la adversidad intenta una y otra vez, con una obstinación muy colombiana, ser feliz. Sin embargo, una y otra vez la realidad se encarga de consumir el fracaso. La narración de las peripecias familiares logra un tono intimista, casi confesional, con el que los individuos nos hablan al oído sobre sus pesares y sueños. Surge la necesidad de narrar el relato más profundo de sus conciencias.

El cierre de la trilogía nos cuenta sobre el tiempo de imposición de la persecución política, el asesinato de los militantes de la Unión Patriótica, la construcción y el auge de los centros de reclusión y tortura, como el famoso Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC), o las caballerizas del Cantón Norte, las Cuevas del Sacromonte y la Casa Sámano. También se refiere a la implementación del abominable modelo de represión que significó el Estatuto de Seguridad del gobierno de Turbay Ayala.

Si veníamos adoloridos y resquebrajados del círculo infernal del Bogotazo, aquí ingresamos al siguiente tramo: el de la violencia como expresión totalitaria de la vida cotidiana del país y la destrucción del Palacio de Justicia como símbolo irrefutable del desprecio por las leyes. El epílogo es la esperanza de una siempreviva, la tenacidad de una familia por existir y proteger con su vida la dignidad. Miguel Torres, bien lo dice, ha escrito una trilogía del fracaso, pero también de la tragedia de Colombia, una tragedia que planea con ferocidad sobre nosotros y que, aunque curtidos de decepciones, todavía buscamos atenuar y transformar. ♦

Arriba a la derecha: estado de la carrera séptima (antigua calle real) el 11 de abril de 1948

Arriba en el centro: víctimas del 9 de abril en el Cementerio Central de Bogotá, 11 de abril de 1948

Soldados leen la edición de *El Tiempo* del 12 de abril de 1948

